



TODO vale, al menos en el terreno vestimentario. Al menos en él reina la coexistencia pacífica. Lo que no impide que en otros Inglaterra se manifieste de modo menos conciliador, incluso violento, irásese de la cuestión racial, la postura del gobierno ante la guerra del Vietnam o la precaria salud de la libra esterlina. King's Road es, naturalmente, el campo de cultivo ideal para esta anarquía, en la que se mezclan mini y maxifaldas, modas futuristas y otras que no son sino interpretaciones más o menos afortunadas de otras que pertenecen a un pasado próximo o remoto. Todo vale, como queda dicho. Si la lucha por la libertad, en un sentido amplio, continúa, y aún quedan muchas batallas por ganar en el campo del atuendo —y no sólo femenino— se ha conseguido casi

CUESTION DE FALDAS

**NO
A LA
DICTADURA**





todo. Ya no se trata de estar «in» u «out», de adaptarse a un patrón, de adoptar un uniforme. Se trata de vestir como a uno le da la gana. De no plegarse a los criterios de nadie. De ser, hasta el punto en que esto posible dentro de nuestra sociedad de consumo, uno mismo.

El largo de la falda es, tradicionalmente, uno de los elementos que en mayor grado ha venido explotando la dictadura de los diseñadores. Por unos pocos, muy pocos, centímetros de más o de menos se han vertido hectólitros de tinta,

King's Road, que está en vías de desbancar —si no lo ha hecho ya— a Carnaby Street, es la arteria londinense en la que se dan cita, especialmente en el fin de semana, vestuarios de todos los tipos, faldas de todos los tamaños...

se han organizado escándalos. Incluso se han producido interpelaciones en el Parlamento. Lo que, evidentemente, no deja de ser absurdo. King's Road, que está en vías —si no lo ha hecho ya— de acabar con la reputación de Carnaby Street, ha acabado con todo eso. Por su acera derecha, según se baja, en la que se encuentran las tiendas, los bares y «pubs» de moda, los restaurantes chinos baratísimos, deambulan mañana y tarde, especialmente durante el fin de semana, muchachas ataviadas cada una



a su aire, con falda larga, corta o intermedia, aunque, a medida que el frío va haciéndose más fuerte, la larga predomine. Lo que no supone, como se suele pretender a cada nuevo principio de temporada, que la corta haya pasado a la historia, ni que se prosiga en un mimetismo orquestado de «Bonnie & Clyde» y su época.

Lo que, en cualquier caso, no tiene vuelta de hoja es que, al margen de su significación —por otra parte simpática—, el fenómeno es agradable. Es agradable, en efecto, ver a hermo-

Para las muchachas londinenses se trata, simplemente, de vestir como a cada cual le da la gana. De ser, hasta el punto en que esto es posible dentro de la sociedad de consumo, uno mismo.

sas muchachas no sometidas al proceso de serialización que hasta ahora han constituido, tradicionalmente, los dictados de la moda. Verlas llevando encima algo por la única razón de que es divertido, de que se encuentran a gusto con ello. Con una enorme gabardina hasta los pies o con un escueto vestido que apenas cubre lo imprescindible. Contentas, satisfechas, incluso orgullosas de sí mismas en la medida en que algo tan nimio puede ser motivo de orgullo... ■ Reportaje gráfico: STERN-RADIAL.